



## MODERNIDAD / POSTMODERNIDAD : UNA REDEFINICIÓN DESDE AMÉRICA LATINA<sup>1</sup>

Alejandra de las Mercedes Fernández,

### INTRODUCCIÓN

La línea de investigación que me propuse seguir -si bien ha sido recorrida en abundantes publicaciones desde hace algo más de diez años- no se presenta de manera suficientemente sistemática. Pero debido a la naturaleza de la problemática, se hace imposible encararla de manera más o menos acabada. Por lo mismo, ha sido mi intención orientarla hacia una necesaria delimitación de las perspectivas filosóficas referidas al debate *Modernidad/Postmodernidad*, sobre todo respecto de los interrogantes de la realidad latinoamericana dentro de tal debate.

El debate al cual se alude puede sintetizarse considerando las posiciones *Modernidad/Postmodernidad* desde la comprensión de la Modernidad misma como ruptura con lo anterior, como la innovación frente a la tradición; o bien la descalificación indirecta de los llamados “postmodernos” -principalmente en la obra de Habermas- a través de la defensa del proceso racionalizador implicado en la Modernidad y en sus logros innegables para la historia de la Humanidad, aunque sin rehuir a la crítica como metodología esclarecedora; o bien la Postmodernidad como la consecuencia del incumplimiento de las promesas de progreso indefinido en todos los órdenes (sustento más importante de la Modernidad misma); o bien el fenómeno postmoderno como consecuencia inevitable de la ruptura absoluta con lo moderno “por exceso de realización” como denuncia Lyotard.

Podríamos decir que la orientación que origina nuestro trabajo tiene sus antecedentes en las preocupaciones teóricas -principalmente filosóficas- que pretenden describir y testimoniar la instalación de la crisis inédita (postmoderna) en la cual nos hallamos inmersos.

El sentido de crisis en la enunciación de lo postmoderno a la cual hago referencia se asocia a la última posición antes expuesta, porque no se trataría de un momento más en la trayectoria progresiva dentro de la lógica moderna del decurso histórico; representaría en este caso un apartamiento radical de la concepción misma de crisis para la Modernidad. Significaría entonces un modo de pensar diferente, una renuncia a la creencia de la autonomía del proceso histórico, pero también implicaría la asunción de una conciencia que debe tomar muy en serio el presente, a la vez que hacer frente a las consecuencias negativas denunciadas de la Modernidad.

La comprensión de esta inflexión del concepto de crisis impacta en el centro de la justificación del discurso moderno: crisis se entiende como una mutación considerable y decisiva para la continuidad de un proceso, cuyas consecuencias pueden preverse como

---

<sup>1</sup> Trabajo realizado sobre el Informe Final correspondiente a la Beca de Iniciación – S.G.C.y T. UNNE (1996-98).



importantes en las fases temporales subsiguientes. Proceso y crisis –por tanto- suponen proyección futura, en donde el cambio no es sino condición de continuidad. Pero además supone comprender las condiciones de representación con que se aparece ante sí misma una sociedad, en relación con su identidad ligada a un espacio y un tiempo.

Siguiendo la línea crítica que he tomado como referente, creo que es tarea fundamental para quienes desean hacer filosofía, aportar elementos interpretativos que permita construir el sentido de la identidad latinoamericana, a la vez que hagan comprensibles el entramado socio-cultural y político de la Región. El objetivo prioritario será ofrecer líneas de pensamiento y acción para profundizar pragmáticamente la convivencia democrática en los órdenes mencionados.

La particular situación estructural de América Latina posibilita a la vez una ambivalencia: la permeabilidad de la cultura postmoderna como modo de vida, estilo artístico o posición filosófica y epistemológica social, y el sostenimiento de un discurso moderno cuando se planifica.

Sucesión a la vez que simultaneidad de crisis instaladas en Latinoamérica, desde los procesos de formación de los estados nacionales hasta los procesos reestructuradores de las prácticas socio-culturales y políticas a partir de la década del '80, dificultan la tarea de síntesis comprensiva reveladora de las conexiones históricas e instrumentales de los intentos por “modernizarse” o por refugiarse en zonas marginales, resistentes a los cambios como una forma particular de defensa ante aquello que le resulta ajeno a su imaginario histórico.

De ahí que la producción escrita sea tan dispar y fragmentaria, o muy abarcativa, lo cual o bien reduce el panorama de la realidad a algunos aspectos, o lo uniforma en generalizaciones poco explicativas de la inmediatez de los fenómenos que se busca inscribir en un marco común.

Mi investigación se justifica así por cuanto se inclina a producir unas conclusiones que integren aspectos disímiles a la vez que profundicen los niveles crítico y de fundamentación sobre la bibliografía existente y haga aportaciones originales, cuyos impactos previsibles serán sobre los supuestos científicos y culturales. En este sentido, al Universidad estaría en condiciones de ofrecer al medio elementos calificados para el sustento de nuevas prácticas socio-políticas, para una creciente y seria profundización de la democracia en todos los ámbitos en los cuales se encuentra demorada o vaciada en su sentido procedimental. Esto quiere decir que la democracia a la cual debe apuntarse es a aquella que requiere para su validación procedimientos que aseguren una participación efectiva por parte de todos los actores socio-comunitarios.

Son inevitables las alusiones interpretativas que he debido hacer sobre la génesis histórica de los procesos configuradores de los aspectos políticos, económicos, culturales y del pensamiento, en torno a un eje que atraviesa todo mi trabajo: el de la *identidad*. No podría sino justificarse la expresión del pensamiento postmoderno en diversas áreas de la cultura actual latinoamericana.



La preocupación a que aspiro atender -aunque fuera en parte- tiene que ver con poder comprender inteligiblemente los procesos de sucesión y convivencia de las crisis instaladas en Latinoamérica, manifiestas en la emergencia de la reestructuración ya señalada, particularmente a partir de la década del '80, con la finalidad de aportar elementos interpretativos que orienten la construcción de identidades y condiciones posibles para la convivencia democrática y su consolidación.

¿Es posible pensar América Latina *desde* América Latina? Esta sería la cuestión fundamental a la hora de pretender echar luz sobre la posición y el futuro de nuestra Región en el contexto de la inexorable globalización.

La globalización se entiende aquí como un fenómeno socio-cultural que afecta a las formas de organización de todo el mundo, tanto como una condición de posibilidad o matriz categorial para remitir los fenómenos aparentemente aislados a un contexto amplio, mediante el cual se hace posible trascender los alcances de una explicación restringida. Los postulados *finés* –es decir términos- de todo aquello que corporizaba a la Modernidad (el fin de la Historia, de las ideologías, de los Estados Sociales o de Bienestar) son los que en mayor medida han dado un refuerzo al prefijo *post* para señalar el estado actual de aquellas condiciones de la existencia humana que no pueden seguir siendo explicadas desde una visión con pretensiones de homogeneidad racional; ya no puede pensarse que la realidad sea “transparente a la razón”.

Pero este nuevo horizonte experiencial que se abre –si bien impone una ruptura con el pasado- no abomina de él, sino que más bien desea reponerse de esa pérdida necesaria, para reinterpretar su historicidad y descubrir claves de comprensión apropiadas a lo presente. Esta sería la necesidad de *redefinir desde América Latina* el debate nombrado en el título del trabajo.

En cuanto a la cuestión metodológica, los métodos de análisis, comprensión y reconstrucción explicativa se insertan dentro de los marcos metodológicos de la Hermenéutica y la Fenomenología, en razón de la necesidad de ir profundizando en las problemáticas planteadas en la hipótesis inicial. Esta metodología va ampliando los horizontes de comprensión sobre lo cual pretende pronunciarse. Los alcances son:

- I- Comprensión/entendimiento como momentos hermenéuticos en los horizontes de conformación histórica de los procesos de configuración socio-cultural que nos permiten inteligir una realidad fenoménica que llamamos Latinoamérica .
- II- Interpretar los discursos producidos en el debate Modernidad/Postmodernidad en función de la comprensión de “crisis”, “conflicto” y “transiciones” como trasfondo histórico-cultural.
- III- Superar las explicaciones parciales a partir de este marco filosófico, en tanto comprensión/entendimiento como momentos hermenéuticos en el proceso de intelección (en el *despliegue dialéctico*) de una incipiente realización que llamaríamos “Latinoamérica”.
- IV- Del *estar existiendo* al *saberse existiendo* bajo la forma de un sujeto colectivo cuyas manifestaciones materiales son plurales.
- V- Libertad-trascendencia / inserción-destino como momentos hermenéuticos de su proyección histórica.



VI- Elaborar conclusiones válidas sobre el impacto de problemáticas postmodernas en Latinoamérica como región.

Finalmente, mi trabajo no quiere ser ni exhaustivo en la descriptiva, ni dar conclusiones de cierre, sino todo lo contrario. Los aportes tendrían más bien como objeto reflexionar desde lo filosófico con suficiente amplitud como para delinear la cuestión del debate Modernidad/Postmodernidad desde una situación (el aquí y el ahora de Latinoamérica), para saber desde dónde y con qué sea posible pensar el futuro.

### LA CUESTIÓN CENTRAL: REDEFINICIÓN DE LO POSTMODERNO EN EL MARCO REFERENCIAL DE LATINOAMÉRICA.

Una cuestión recurrente, inflexiva es el empeño en seguir buscando, tratando de definir o autoafirmar (según de qué actores se trate) el problema de la *identidad*, “siempre fluyente y en permanente situación de re/constitución”<sup>2</sup>. La cuestión de la identidad no puede ser nunca acabada, sino que para que sea tal debe ser alimentada por las prácticas y concreciones del cuerpo social, así como también reinterpretada y enriquecida por esas posibilidades de interpretación.

Tal empeño no debe ser tomado irreflexivamente como “tarea histórica pendiente” simplemente, y menos aún denostarlo con el pretexto de que se trata de “cuestiones anacrónicas”. Preguntarse por lo postmoderno en un intento comprensivo de las aparentes contradicciones con las cuales convivimos, remite siempre a un lugar de “*extrañamiento*”: el de la identidad y de la integridad.

“Extrañamiento” que se produce en el horizonte propio del estar, habitando un suelo apropiado mediante estrategias vitales para constituir un ser cultural común. Es lo que Carlos Cullen señala al exponer los rasgos caracterizadores del “nosotros” latinoamericano, que hasta ahora sólo puede avizorar su destino en una posibilidad futura de realización histórica, con la condición previa de asumir la facticidad de tales rasgos (“drama telúrico”, “resistencia”<sup>3</sup>- “memoria/olvido”; “mestizaje” de cosmovisiones; “astucia” para sobrevivir, el “estar-siendo-así” como horizonte histórico en el cual “se materializa la simbolicidad pura de ese ‘nosotros’”)<sup>4</sup>. Lo que este autor nos propone no es sino la búsqueda de características comunes presentes en la conformación histórico-cultural de lo que llamamos “latinoamericano”, cuyo

<sup>2</sup> FOLLARI, ROBERTO. *Modernidad y posmodernidad. Una óptica desde América Latina*. Aique. Bs.As. 1990.

<sup>3</sup> “Resistencia” se toma como el lugar inespacial de lo simbólico que, en tanto afirmación, se opone a “la acción violenta” o “inversamente proporcional” de fuerzas de sentido contrario y convergente. Resistir es además, perseverar en algo, no ceder, permanecer de manera idéntica.

<sup>4</sup> Cfr. CULLEN, CARLOS. *Reflexiones desde América. I – Ser y Estar: el problema de la cultura*. Edit. Fund. Ross.



paralelismo se encuentra en la multiplicidad de facetas que componen el imaginario común que permite a propios y extraños reconocer en esa representación una cierta unidad.

Las principales discusiones internas referidas a las controversias sobre Modernidad/Postmodernidad dan cabida a la última gran esperanza del “cumplimiento de las posibilidades máximas” en sociedades como las nuestras en las cuales no se han verificado completamente transformaciones modernas. Como contraparte, haber pensado y puesto en práctica procesos de racionalización progresivas en todos los estratos de la vida social, significaría conservarse dentro de los cánones de la modernización. Las divergencias tienden a tornarse paradójales. Aunque nuestra situación estructural no coincide con aquellas que dieron origen a las críticas y previsiones sobre el avenir de los “tiempos postmodernos” en las sociedades postindustrializadas<sup>5</sup>, constatamos en todas las manifestaciones de la vida pública, la simultaneidad de discursos y prácticas postmodernas en entramados del imaginario colectivo desplegadas en redes de sentido propias de una modernidad inconclusa.

Si la Modernidad no ha concluido en sus realizaciones –siguiendo a Habermas, o a Berman p.e.-, entonces tampoco se habría consumado históricamente en Latinoamérica, ¿cómo explicar la instalación de lo postmoderno a lo que hacíamos alusión?; más aún, ¿qué perspectivas tendrían nuestros países para alcanzar estabildades institucionales en medio de las heterogeneidades regionales?. Como se ve, los alcances de estos interrogantes abren una complejidad teórica, en una doble vertiente –filosófico/crítica y filosófico/histórica- con implicancias prácticas constatables de difícil explicación.

Este estado de problematicidad agrava los intentos de comprensión, acentuándose todavía más si se tiene en cuenta que los proyectos de la Modernidad en nuestra Región. La modernización fue la consecuencia de la legitimación política de los modelos autoritarios conservadores, sin olvidar su componente paradójal: el autoritarismo contradice tanto los ideales revolucionarios libertarios que dan origen a la Modernidad misma como a las tendencias democratizadoras, consumidoras del Proyecto Moderno. No sería entonces la pluralidad cultural la promotora del modelo dictatorial –presente la más de las veces hasta en períodos de consolidación democrática-, sino la creencia heredada de la Modernidad europea: apelar a la uniformación como forma de reducir las diferencias y dar cierre a los conflictos fundados en identidades particulares superpuestas. El optimismo moderno estaba fundado –coincidentemente para el conservadurismo liberal y para los marxistas y neomarxistas- en la confianza de que, en ciertas condiciones históricas las acciones socio-políticas llevarían a un progreso material y moral de la humanidad, con la consecuente uniformidad de los horizontes de su historicidad<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> La *Escuela de Frankfurt* ha denominado desde sus orígenes (1924) como “sociedades postindustrializadas” a las sociedades transformadas por las relaciones de producción capitalistas, con la intención crítica de mostrar explícitamente las consecuencias nefastas de las múltiples contradicciones económicas, culturales y sociales tras la consumación de los ideales de racionalización, progreso, avance y desarrollo desde la Ilustración en adelante.

<sup>6</sup> Cfr. FERNÁNDEZ, ALEJANDRA. “Problemas éticos en las democracias en transición latinoamericanas”. En: Nuevo Itinerario. Año V. UNNE / A.A.d.I.E. Resistencia. 1998. (Pág. 72-73).



La Postmodernidad de ningún modo podría oponerse a lo moderno, pues como bien dice Lyotard, *la condición postmoderna supone la modernidad*<sup>7</sup>. No se trata de que la Postmodernidad renuncie absolutamente a la razón, sino que esta renuncia debe entenderse respecto de la pretensión de la razón unidimensional. La racionalidad es siempre situada contextualmente en un lugar y en un tiempo, y que se hace concreta en “manifestaciones regionales”. Pero esta pluralidad racional no debe tomarse en el extremo que caracteriza precisamente a ciertos regionalismos: un etnocentrismo que cree solamente en la validez de su perspectiva, y un escepticismo que admite paradójicamente que lo único comunicable es la incomunicabilidad misma entre las culturas. De todos modos, parece haber una modernidad dominante en ciertos aspectos al menos, y Latinoamérica no escapa a querer por fin alcanzarla, aunque pueda significarle un alto costo social y político.

## LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS NACIONALES Y EL PROBLEMA DE LA POSIBILIDAD DE PENSAR AMÉRICA LATINA DESDE SÍ.

### *El proceso histórico y la construcción del concepto “situado” de Región.*

La conformación de los Estados Nacionales en Latinoamérica se fue desarrollando en etapas diferenciadas a partir de cambios sucesivos, según modelos tecnológico-productivos, como consecuencia de los cambios económicos a nivel mundial. Pero, indudablemente, estos cambios se fueron verificando con mayor celeridad a partir de la segunda mitad de este siglo, teniendo en cuenta las regularidades señaladas como propias del capitalismo tardío<sup>8</sup>.

Se trata de un aspecto de la cuestión, pues los países latinoamericanos tuvieron desarrollos socio-político-institucionales diferenciados en etapas de duración históricas particulares, más aún a partir de la segunda mitad del S XIX.

Si bien hay autores que centran sus interpretaciones en la adscripción de esta configuración al sistema capitalista internacional (con los acentos puestos en lo económico y político), proponemos en su lugar profundizar en las características propias de la conformación de los Estados latinoamericanos, lo cual le confiere una cierta peculiaridad de conjunto, que podríamos arriesgarnos a llamarla “Región”. Más adelante haré referencias particulares a los fundamentos de este “riesgo”.

Las unidades político-regionales se fueron constituyendo prácticamente en simultaneidad, de las periferias a los centros, marcadas por profundos conflictos sociales y políticos. Sin embargo, las hegemonías políticas en todo el Continente –en especial en la

---

<sup>7</sup> LYOTARD, J-F. *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Ed. Gedisa. Barcelona. 1987.

<sup>8</sup> Cfr. HABERMAS, JÜRGEN. *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Amorrortu edit. Bs. As. 1986.



América de raíces hispano-lusitanas- se dieron siempre desde centros de administración política, comercial y religiosa, hacia periferias más o menos diferenciadas, sujetas a condiciones geográficas favorables. Esta afirmación puede ser fácilmente comprobable si se tienen en cuenta los procesos históricos del poblamiento y de la construcción progresiva de las organizaciones político-institucionales.

Desde la finalización de las guerras de independencia hasta la constitución efectiva de los “estados nacionales” durante casi medio siglo, el problema que puede detectarse como central es la dificultad para constituirse en “estados políticos” por sobre encima de los “estados territoriales” los cuales parecen organizarse con mayor acuerdo, aunque tampoco desprovistos de ciertos conflictos ligados a la forzada homogeneidad de la dominación española, problemas limítrofes p.e., que no alcanzarán solución apreciable hasta finales de la década del ‘60.

La constitución definitiva de los estados nacionales se dará al finalizar las guerras caudillísticas del “interior” por un lado, y la apropiación definitiva del territorio para su explotación extensiva, por el otro. Se destaca así la importancia de la internacionalización del sistema económico en la nueva configuración de las economías latinoamericanas, las cuales comenzarán a oscilar entre las tradicionales economías regionales de subsistencia y las exigencias del modelo agrónomo de exportación, derivado -justamente- del modelo de la división internacional del trabajo.

Otro aspecto de relevancia es la presencia de rasgos modernos (tales como “destino común” o el “deber ser”) en el imaginario social latinoamericano. Este imaginario ha operado en el doble proceso de construcción “hacia adentro” y “hacia afuera” de la identidad, sirviendo de trasfondo a los discursos políticos, sociales y económicos visibles en los procesos históricos aludidos.

Desde la comprensión de esta situación dada, será posible luego referirse a la comprensión de la actual complejidad real, más allá del análisis de causas y consecuencias. Es decir, tratar de comprender las transformaciones históricas que partieron de la Modernidad, para -en un segundo momento- detenernos en aquellos rasgos identificados como “*postmodernos*”, presentes hoy como inseparables de su pretendida identidad.

#### ***Algunas consecuencias del discurso Modernidad/Postmodernidad en cuanto a la construcción de la identidad.***

Latinoamérica fue pensada por quienes lideraron los movimientos independentistas como una unidad, llamada a un supuesto “destino común”, “fanal señero de la Humanidad”. Es que estas ideas sobre la *unidad*, el *cumplimiento de un decurso histórico hacia un destino común*, y la *consagración final de la libertad* proclamada por la Revolución Francesa, pueden reconocerse como los basales del edificio político de la Modernidad. Sin embargo, se fueron alejando cada vez más de su raíz moderna, para perderse en fallidas concreciones políticas y en insuficientes abstracciones sobre lo que Latinoamérica representaba “para otros”. Los discursos contruidos en base a esta corriente interpretativa han tenido su expresión más clara en el



campo diplomático y en el de la política internacional. En este aspecto, puede referirse brevemente las resoluciones de los problemas limítrofes –ya mencionados- a manera de ejemplos esclarecedores sobre la necesidad de buscar legitimación en la autoridad de otros países (Europa Occidental y E.U. principalmente) más que confiar en la propia capacidad y reconocerse con autonomía. Igual sentido tendría la expansión de los conflictos E-O en América Latina durante la Guerra Fría, aunque con mayor complejidad, pues la implicación ideológica fue mayor. De todos modos, esta manera de manifestarse y ser reconocida por los otros como peculiaridad diferenciada, no permite adelantar demasiado en la constitución de la identidad tal como se la entiende en este trabajo.

Hablar de Latinoamérica resulta problemático: ¿hay una realidad efectiva, con cierta unidad a la que pueda denominarse como tal? Lo que sí se está en condiciones de afirmar es que Latinoamérica *está existiendo*, aunque hasta este momento lo haya hecho por medio de procesos de integración y disgregación alternativamente y no en bloque.

El mentado *origen común*, el deseo de alcanzar la unidad continental, la adscripción a un determinismo geográfico que señalaba ciertas características para los “habitantes de países cálidos”, se fueron incorporando a un corpus estereotipado de lo que Latinoamérica *debía ser*. Resulta este *deber ser* antes de la *autoconciencia de ser* la principal causa de que -iniciada la etapa de su independencia- los países se lanzaran a la búsqueda de posiciones convenientes en el campo geopolítico internacional, como modo de acercarse al destino al cual se creían llamados. Precisamente, se trata de una característica moderna: la existencia de un *cumplimiento histórico*, traducido en la *consumación* de ese tiempo, que pese a la heterogeneidad de lo manifiesto, se *autorrealiza colectivamente*<sup>9</sup>.

Retomando el hilo conductor de la hipótesis inicial y las tesis que las justifican, las preguntas emergentes que sentaba en esta investigación filosófica, encauzan los intentos de producir un nuevo sentido histórico de la identidad. Es decir, un nuevo emprendimiento de integración de racionalidades multiculturales que signifique dejar atrás la violencia uniformadora de aquella racionalidad que margina todo aquello que pudiera “amenazar” su sostenimiento unidimensional. La resistencia a alinearse por completo en esta objetivación instrumental e intelectual, sirvió para confinar a Latinoamérica a una subjetividad no menos uniformadora ni menos dependiente. Se trató entonces de un dispositivo estratégico de la razón instrumental<sup>10</sup>: la referencialidad “hacia fuera”, hacia un “deber ser” proyectivo que elude la propia autoconciencia de ser, lo cual en terminología de Heidegger se llama el “de dónde”, ésto

<sup>9</sup> HEGEL, J.F.G. *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*. Revista de Occidente. Madrid. 1953.

<sup>10</sup> Aquí *razón instrumental* sigue el uso que hace la Escuela de Frankfurt –y en este sentido toda la bibliografía postmoderna o de posición crítica frente a la Modernidad-, para designar a un aspecto de la razón que pretende en erigirse como el único o el más importante. Se trataría pues, de la racionalidad en su carácter de *herramienta para*, como expresión de la voluntad de dominio sobre la naturaleza y los hombres. Cfr. Horkheimer, Max. *Dialéctica de la Ilustración*. Centro Editor de América Latina. 1966.



es, el lugar en que la existencia misma se proyecta desde sí y se adelanta en dirección de lo que quiere comprender.

Ante la comprobación histórica de que en las dos últimas décadas se asocia –inevitable y peligrosamente- “democracia” con “corrupción”, se hace preciso explicitar qué cosmovisiones subyacen en las manifestaciones concretas de la vida sociocultural, atravesadas por la doble faz de “crisis” y “proceso” en la conceptualización de lo que llamamos *Latinoamérica* y en la configuración de los regionalismos. Se hace así ineludible la contradicción en la que caen los gobiernos al ir aumentando progresivamente el control político, invadiendo el terreno de las libertades individuales, con intención de “garantizar la democracia”.

### **EL PROBLEMA DEL NOMBRE Y EL CONCEPTO DE REGIÓN.**

El concepto geográfico de Región remite existencialmente a la mínima humanización del mundo: la *sujeción*, la ocupación y la tenacidad de las actividades de subsistencia del hombre en el espacio en donde le toca vivir.

Como refiere Marc Augé<sup>11</sup> “Si Descombes está en lo cierto... no se está nunca ‘en casa’”: las zonas fronterizas –ésto es, los límites entre *espacios demarcados* geográfica y antropológicamente- de las que él habla ya no introducen nunca a mundos totalmente extranjeros, pero tampoco permiten sentirse instalados en *un* lugar propio porque los compuestos simbólicos (*palabras-imágenes* que remiten a algo común) atraviesan la “superabundancia” (exceso) de los espacios, transformándolos efectivamente en *lugares*.

Los lugares deben entenderse no simplemente como ubicación, sino que son entendidos por Augé como “itinerarios”, es decir que pueden recomponerse a partir del relato que se hace de las vistas parciales de una ubicuidad (o situación) en un espacio, el cual no puede identificarse nunca completamente con el espacio geográfico, pues lo supera en sus cualidades físicas o de paisaje en tanto vivenciado<sup>12</sup>. La situación de “sobremodernidad”, el anverso “positivo” de postmodernidad para Augé, hace que tiendan a desaparecer las realidades localizadas, y cedan paso a dudas sobre la naturaleza y los límites del “lugar”, traducidas en “crisis del sentido”, es decir, “crisis de identidad”. En su obra más conocida<sup>13</sup>, la consideración de lo idéntico respecto de “lo otro”, hace que los lugares respectivos sean relativos, pero a la vez marcan la necesidad de la producción individual de sentido, en una actitud hermenéutica en la cual el reconocimiento previo del “sí mismo” es la condición inicial para la construcción de la identidad.

El problema del lugar no debe quedar confinado a territorio, porque los lugares son

---

<sup>11</sup> AUGÉ, MARC. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa. Barcelona. 1995.

<sup>12</sup> IDEM. Op cit.

<sup>13</sup> IDEM. Op cit.



siempre posición antropológica, pues se consideran primariamente *identificatorios, relacionales e históricos*<sup>14</sup>. *Identificar* significa poder remisionar a un espacio particularizado, referente de situación (ubicuidad) y reconocido por todos los “otros” posibles como diferente, a la vez que unificado en la convergencia de los rasgos que los “otros” coinciden en atribuirle.

La condición *relacional* señala que la identidad se construye en la coexistencia con lo disímil y singular compartiendo un mismo espacio, aunque más no sea en aquellas acepciones que los otros le reconocen. Su carácter *histórico* hace que sus habitantes puedan ser objetivadores del espacio en el cual viven, a la vez que puedan reconocerse como “diferentes” respecto de lo que los antepasados “han sido”, pero reconciliando esta alteridad en una imagen procesual de futuro-pasado<sup>15</sup>.

Se trata de los “lugares de la memoria”, tal como cita Augé la descripción antropológica que hace Pierre Nora, los cuales trascienden la concepción antropológica estructuralista del espacio de lo mítico: efectivamente se pueden situar, también pueden referirse al espacio geográfico, pero lo rebasan pues se trata de aquél lugar que ha sido interpretado y apropiado a través del tiempo colectivo de quienes viven en él<sup>16</sup>.

Volviendo a lo ya enunciado sobre la relatividad del lugar, debe también considerarse la dimensión simbólica que éste representa para aquéllos que la habitan. Pero esta dimensión resulta a su vez compleja, pues depende de las singularidades de los puntos de vista desde los cuales se posicionan los habitantes para configurar sus discursos, o simplemente para vivir.

Y “vivir” en sentido antropológico marca el sentido de comprensión de un pasado y una proyección hacia un futuro.

El concepto de *Región* seguirá una configuración coincidente con las consideraciones expuestas sobre el “lugar”. Para poder reflexionar sobre aquél se hace necesario recurrir a un distanciamiento, que más que metodológico es existencial, una especie de discontinuidad espacio-temporal que permite la coexistencia conceptual de la categorización moderna de Latinoamérica, con cualidades atribuidas objetivas, y la aproximación postmoderna de impugnación de lo universal, con la voluntad de reafirmar el continuo hacerse de lo presente con el pesimismo de quien no espera alcanzar ningún relato aceptable sobre sus orígenes.

Sin embargo, prevalece el reconocimiento de una existencia inconstituída del origen, que he podido ver en el *problema del nombre* de Latinoamérica. Las denominaciones que indistintamente –pero sin neutralidad ideológica– se fueron gestando históricamente muestran hasta qué punto las atribuciones al “lugar” respondían a orientaciones del Proyecto Moderno, y según como dé en llamarse este “lugar” se podrá hablar de la búsqueda –y el encuentro– de una identidad, de posibilidades de relaciones *regionales*, de un sentido de unidad histórica.

<sup>14</sup> AUGÉ MARC. *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Gedisa. Barcelona. 1996. “... construcción concreta y simbólica del espacio..., es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa”. (Pág. 57-58)

<sup>15</sup> KOSELLECK, REINHART. *Futuro-pasado*. Paidós. Barcelona. 1979.

<sup>16</sup> AUGÉ, MARC. Op. Cit.



Pero las críticas a las realizaciones de la Modernidad llevaron también la mirada hacia el punto focal en que la visión se vuelve borrosa: a causa de haber querido forzar la perspectiva, de querer unificar la visión, se han excedido los límites mismos de la visión, y se ha introducido la opacidad. “Iberoamérica”, “Hispanoamérica”, “América Española”, “América Latina”, “Latinoamérica”, son denominaciones altamente problematizadoras pues denotan representaciones<sup>17</sup> diferentes, las cuales portan posiciones también diversas respecto del origen.

El origen no remite nunca a un punto espacial, sino a un “lugar”. Etimológicamente, el lugar es el espacio que se ocupa; pero también puede entenderse como la conjunción de *motivo, ocasión y tiempo*<sup>18</sup>. Origen por su parte, indica *principio, procedencia, nacimiento, motivo (causa)*<sup>19</sup>. La ya nombrada remisión al origen es tomada por algunos autores como “zonas de refugio”, en las cuales, en parangón con las consideraciones míticas que de los orígenes hacían los indígenas en los primeros tiempos de la conquista y el poblamiento de estas tierras. Si bien estas “zonas” pueden coincidir con un ámbito geográfico determinado, se refieren en sentido fuerte a lecturas de la realidad que buscan rescatar el reconocimiento de los “otros” habitantes como “con-géneres”, relatos que en alguna temporalidad, la de la memoria, p.e., co-ociden.

Aunque no acuerdo con autores tales como Barbeito, Ander Egg o León Portilla, por citar algunos, los cuales relacionan el estado actual de la cuestión latinoamericana con un proceso de mestizaje cultural por imposición o por aceptación recíproca, aciertan a mi juicio cuando señalan que la resistencia multicultural existente en Latinoamérica es la reacción de las culturas particulares ante los procesos globalizadores sobre las formas de la cultura.

Y aquí está, justamente, una de las dificultades que la Modernidad confiaba superar: la subsumción de lo particular en lo universal, o bien la inserción de todas las culturas autóctonas a una cultura universal (occidental). Esto hubiera significado haber alcanzado una unidad temporal, una racionalización discursiva de los orígenes y un reconocimiento de una identidad en un único sentido. Pero el hecho es que la conciencia histórica *situada* en el sentido en que lo expongo, reclama mejor intentar alcanzar una unidad de la racionalidad en la pluralidad de sus voces<sup>20</sup>.

Más allá de lo antes afirmado, para evitar caer en excesos similares a los cuales se critica, también se requeriría prestar especial atención al apego efímero del presente, al alejamiento respecto del pasado y a una casi inexistente preocupación responsable por el futuro. Ni la integración a la uniformidad de un pretendido “lugar” común (la “tradición moderna”) ni

<sup>17</sup> “Representación” se utiliza aquí como recomposición perceptual de “datos” en una conciencia, la cual le atribuye un sentido y un valor determinados.

<sup>18</sup> Cfr. *Diccionario de la Lengua Española*. Real Academia Española. Bibliograf. Barcelona. 1971. Y también, *Pequeño Larousse Ilustrado*. Larousse. París. 1974; y *Diccionario Ilustrado Latino-Español / Español-Latino Spes*. Bibliograf, S.A. Barcelona.. 1977.

<sup>19</sup> IDEM. Op cit

<sup>20</sup> Cfr. AINSA, FERNANDO. “*Alegato en favor de una nueva retórica para el viejo discurso sobre ‘nuestra utopía’*”. En: COLOMBRES, ADOLFO.(Coord.) Op. cit



la automarginación discursiva, que finalmente termina alejándose del terreno de la crítica para contentarse con una tarea fundamentadora de la *resistencia*. Podríamos simplificar la comprensión del término *resistencia* equiparándolo a *tradicición* "...como un referente valioso para producir significados..."<sup>21</sup> aunque debamos adjuntarle al advertencia de que la referencialidad deba tomarse como punto de partida para la construcción de las interpretaciones que la tradición requiere, en sentido de apertura múltiple a los aportes universales de la cultura occidental<sup>22</sup>.

"El espacio es superabundante y esta superabundancia emborracha a los hombres", observación de Braudel que encuentra su importancia en que la construcción de las relaciones socio-políticas latinoamericanas "...ha sido engendrada por parte del espacio."<sup>23</sup>

La gran sujeción económica respecto del espacio ha hecho que históricamente se dieran desarrollos culminantes, pero que luego terminaron en cambios de ciclos seguidos de crisis altamente desestabilizadoras. La incoherencia manifiesta en el campo económico –que los neomarxistas habían pretendido explicar con la *Teoría de la Dependencia*- puede verse en la coexistencia de zonas de industrialización y desarrollo espectacular en todas las dimensiones de la vida, y de zonas carentes de los mínimos indispensables para vivir por sobre las necesidades que el medio les impone. Lo dicho en la década del '70 sigue valiendo para hoy: "esta escisión se agrava en la medida en que todo nuevo desarrollo afecta al sector ya desarrollado. (...) Indudablemente, el sentimiento de inseguridad, de inestabilidad, de incertidumbre...está justificado... (porque esta inestabilidad es) la de una civilización que se está buscando, que se está definiendo, coaccionada por penosas, aunque poderosas realidades"<sup>24</sup>

Me separo de Braudel en la cuestión acerca de la fuerte impronta que para él le impone la naturaleza al hombre latinoamericano, porque esta es una posición moderna casi ingenua, o por lo menos que no da cuentas del proceso histórico mismo.

Rasgos de los sustentos de la Modernidad, y el descrédito sobre todo lo que se hubo sostenido históricamente en éstos, justifican la intención teórica del trabajo de investigación emprendido, con la intención de superar el paradigma desarrollo – subdesarrollo. En todo caso el subdesarrollo coexiste con un hiper-desarrollo como consecuencia de la imposibilidad de cumplir con las promesas modernas.

Los conceptos de *Nombre y Región* se correlatan en tanto designan a un mismo referente, reconocible tanto por "propios" como por "ajenos". Pero, mientras el nombre le confiere concisión, la consideración de Latinoamérica como Región, le da perfiles imprecisos,

<sup>21</sup> ESCOBAR, TICIO. "Precapitalismo / postmodernidad. La encrucijada dependiente". En: COLOMBRES, ADOLFO. *América Latina: el desafío del Tercer Milenio*. Edic. Del Sol. Bs.As. 1993. (Pág. 285.).

<sup>22</sup> Estos aportes no son sino las consecuencias que la cultura occidental logró históricamente como legado "querible" para toda la Humanidad. Tal sería el caso de los Derechos Humanos.

<sup>23</sup> BRAUDEL, FERNAND. *Las Civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*. Edit. Tecnos. Madrid. 1970. (Pág. 371 y ss.)

<sup>24</sup> BRAUDEL, FERNAND. Op cit.



pues los criterios para considerarla así van desde los geográfico-ambientales, étnicos, histórico-político, etc. hasta los producción y regímenes político-económicos.

## **MODERNIDAD / POSTMODERNIDAD Y REGIÓN**

### ***Implicancias filosóficas***

El estado de “siempre presente”, la sensación vital de “no futuro” que portan los jóvenes, tienen su manifestación más acabada en el descrédito y desinterés por las propuestas socio-culturales y políticas del modelo de fondo vigente en todos los países latinoamericanos, lo cual no resulta ajeno a nuestro horizonte regional próximo, el NEA.

Pese a que la Modernidad desenvuelta en el proceso de emancipación latinoamericana quedó inconclusa, puede coincidir en que se pueden constatar en sus efectos públicos y privados, similares horizontes del modo de vida de las sociedades que pasaron por el exceso de realizaciones (económicas, políticas, estéticas,...) del capitalismo avanzado al que se refería la ya mencionada Escuela de Frankfurt, y en especial Habermas. Frente a esta homogeneización estándar, Latinoamérica se encuentra acechada igualmente por la racionalidad moderna de la democracia y por la deslegitimación postmoderna surgida de los conflictos internos de justificación de la democracia en sus raíces mismas.

Desde el punto de vista investigativo, sería necesario completar un segundo momento, en el cual las comprobaciones hipotéticas y su ajuste profundicen en la recontextualización regional de la vinculación entre:

\*conflictos inherentes a la Modernidad en el modo de concebir la historia y su cumplimiento;  
\*no cumplimiento de lo que la modernización requería, en el seno mismo de la Modernidad, como condición extrema de su corporización en estructuras socio-culturales y configuraciones político-institucionales.

¿Cómo sería posible entonces hablar de “desarrollo” con pleno sentido y no como un recurso discursivo más, capaz de entramarse en cualquier discurso, con neutralidad potencial de comodín, cuya procedencia ideológica se descubre –o encubre- en sus efectuaciones y rumbos macropolíticos confirmados, cuando son imposibles de ser torcidos?. ¿Qué se dice cuando en la Región se apunta hacia el “desarrollo” en la exclusiva dimensión de lo económico-productivo?. Interrogantes que no marcan un límite de “cierre” sino de apertura, hacia la radicalización de la tesis con que contaba inicialmente:

- 1- La Modernidad no ha concluido (Modernización en la Modernidad: constatación cultural de la situación/proceso).
- 2- Modernidad crítica versus crítica a la Modernidad. (Postmodernidad).

### ***Una mirada más sobre la cuestión histórica***

Desde la década del '60 se fueron definiendo en Latinoamérica dos modelos posibles de órdenes político-institucionales en pugna, que parecen representar los alcances de las tesis



expuestas: los de inspiración marxista, y los de corte liberal --ambos con interrupciones de continuidad- por un lado, y por el otro, los conservadores- autoritarios.

Estos últimos, pese a considerárselos objetivamente ilegítimos, no abandonaron su inserción ideológica dentro de los órdenes políticos de “Occidente”. Esta lógica de orden respondía exclusivamente a cuestiones ideológicas que comportaban prácticas políticas, económicas y culturales antagónicas. Respondiendo a este orden cobró sentido particular el término *alineación* en la década del '70, como una pretensión de control y equilibrio del ejercicio del poder en términos internacionales (capitalismo occidental y comunismo de irradiación soviética).

La utilización extrema de la razón estratégica podía justificarse porque los discursos socio-políticos la legitimaban en tanto esperaban alcanzar en el futuro una “reorganización nacional” desde donde normalizar nuevamente el presente. La interpretación no resulta complicada: las diferencias ideológicas desaparecerían y la unidad de los orígenes retornaría, si primero se eliminaran los factores que introducían el cuestionamiento de aquéllos, o que obligaban a contrastar la realidad vivenciada con la realidad discursiva.

En las décadas posteriores (los '80 y los '90) se invirtieron los tiempos políticos y tomaron como prioridades continentales (unánimemente reconocidas) la rápida democratización y la progresiva reinscripción como miembros igualitarios dentro siempre se la órbita de “Occidente”. El Proyecto Moderno no había dejado de reflatarse; la esperanza de superar la conflictividad estructural de América Latina lo atestigua<sup>25</sup>. Un problema todavía no resuelto es el que se deriva de que no hay una definición de democracia legitimada unívocamente; en Latinoamérica en particular pueden designarse como democráticas a prácticas irreconciliables entre sí. Tomando en cuenta esta realidad, resulta comprensible –si se la circunscribe a lo enunciado- la posición de Habermas cuando habla de los riesgos del “neoconservadurismo” tras el proceso de deslegitimación postmoderno.

En el *problema del nombre* lo que podemos preguntarnos realmente es si *América Latina*, o *Latinoamérica* puede abarcar con *un solo nombre* una suma de realidades distintas, reunidas casi exclusivamente por la voluntad de *conservación del origen* en sus discursos presentes.

El historiador argentino Félix Luna advertía que la experiencia latinoamericana debía abandonar la postura fatalista frente a su pasado, para concentrarse en la clara conciencia de sus intereses y adoptar una decisión de actuar en función de ellos<sup>26</sup>. Lo cual no significaría renunciar a las determinaciones del pasado, sino más bien buscar una definición de su identidad, aunque no sea todavía una realidad concreta. Tarea que debe fijarse en un hoy, pero que para su concreción supone un futuro, pues siempre debe estarse en algún momento del proceso, reconociéndose con cierta realidad de existencia.

<sup>25</sup> Cfr. FERNÁNDEZ, ALEJANDRA. “La posibilidad de pensar la democracia en Latinoamérica desde la óptica de la Ética Discursiva. En: Cuadernos de Ética. No 21/22. A.A.d.I.É. Cap. Federal. 1996. (Pág. 15 y ss.)

<sup>26</sup> LUNA, FÉLIX. *Argentina bajo la lupa*. Especial de Quality Televisión. Bs.As. 1994.



Concepciones tradicionales sobre Latinoamérica (la “Patria Grande”, la “hora del destino común americano”, por citar algunas) podrían recontextualizarse fuera del imaginario social de homogeneización, para intentar alcanzar una realidad efectiva, con cierta unidad a la que podamos denominar como tal, y en ese caso, pensar América Latina desde América. Latina. Latinoamérica *está existiendo*, aunque hasta este momento lo haya hecho por medio de procesos de integración y disgregación, alternativamente, y no en bloque. Llegados a esta altura de la exposición, se conviene que lo dicho es tanto más válido para nuestra focalización regional, en donde la reflexión se torna exigencia previa a todo intento por transformar su realidad. “Hoy la modernidad dominante impone una globalización cultural, y si las culturas de la periferia aspiran a sobrevivir, deberán articular pronto no sólo una fuerte resistencia, sino también modelos alternativos eficientes en su propio espacio.(...) ... nuestra emergencia civilizatoria debe partir de una crítica a dicha modernidad, que nunca se articuló con la periferia como una honesta transferencia científica y tecnológica dirigida a promover su propio proceso evolutivo, sino como una imposición indiscriminada...”<sup>27</sup>.

Cuando hablamos de Latinoamérica como *Región* tenemos la impresión dividida de que sabemos claramente los alcances del *territorio* al cual además, *nombramos*, pero a la vez, los límites que lo delimitan se tornan imprecisos<sup>28</sup>.

Como decía Braudel, con terrible lucidez, “América Latina está muy lejos de ser un continente feliz: tiene un exceso de aspectos sombríos”<sup>29</sup>; él ve en su historia el drama de luchar consigo misma, con su propio pasado, en ser “la otra América” a la vez “unitaria y múltiple”.

El campo literario ha sido tal vez el más exploratorio y más rico en cuanto a las posibilidades de producir visiones no esencialistas de la identidad cultural de Latinoamérica. Su riqueza está –justamente– en la no integración de los rasgos históricos, del entramado de diversos campos simbólicos, y de la “permisividad” de contradicciones entre ellos. Los literatos latinoamericanos han mostrado –sobre todo en este siglo– que las irresoluciones existentes pueden ser el “lugar” propicio para “...ofrece(r) la ocasión de repensar lo moderno como un proyecto relativo, dudable, no antagónico a las tradiciones, ni destinado a superarlas por alguna ley evolucionista inverificable...en suma, para hacernos cargo a la vez del itinerario impuro de las tradiciones y de la realización desencajada, heterodoxa, de nuestra modernidad”<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> ESCOBAR, TICIO. Op cit .(Pág. 277 y ss).

<sup>28</sup> Región en la acepción castellana figurativa del término, hace referencia a “todo espacio que se imagina ser de capacidad imprecisa”. *Diccionario de la Lengua Española*. Real Academia Española. Bibliograf S.A. Barcelona. 1971

<sup>29</sup> BRAUDEL, FERNAND. Op cit.

<sup>30</sup> GARCÍA CANCLINI, N. *Culturas híbridas de fin de siglo*. Ed. Sudamericana. Bs.As. 1994. (Pág. 146).



## CONCLUSIONES

### *Sobre qué aspectos se han esclarecido. Sobre cuáles aspectos puede aspirarse a completar*

La vivencia de la Modernidad desde las periferias, la modernización en Latinoamérica tuvo que posponer casi irremediamente su propio proyecto moderno para tratar siempre de zanzar sus realidades –las más de las veces, por ser “incomprensibles” para la uniformidad racional-, tras de modelos externos viciados de prejuicios hacia lo diferente.

Como ya había planteado en la primera parte de mi investigación, América Latina se nos presenta como una heterogeneidad de la cual resulta difícil dar cuentas, sobre todo si tiene como referencia cierta unidad estructural que está en el fondo de la *cuestión de la identidad*, más allá de la pluralidad con que se presenten sus realizaciones.

Los acontecimientos político-culturales -y hasta los ecológicos- del mundo globalizado (en sentido cada vez más literal), han llevado a complejizar la cuestión de la sincronía de los procesos comparada con otros lugares del planeta, aunque el debate institucional en América Latina pase más bien por dar respuestas inmediatas a multiplicidad de demandas sociales.

El *fin de las ideologías* puede hacerse patente en el consiguiente rebrote de problemas que el liberalismo político creía poder superar: los conflictos ético-religiosos, el acentuado desequilibrio económico, la opresión de las minorías. No existe aparentemente ya siquiera la posibilidad de pensar otras opciones teóricas o prácticas que nos sean las de validar para sí modelos de promoción inmediata, aunque signifiquen casi siempre “negociar” los intereses de todos por los intereses del grupo de referencia. Quienes poseen capacidad económica y política en el seno de una comunidad, conforman una sociedad civil restringida, enfrentada al Estado entendido como espacio público. El resto, cuenta solamente con los espacios más limitados de la vida privada.

Ante esta desolación, la sociedad civil latinoamericana necesitará alcanzar estados más proclives a la participación, de modo tal que contribuyan a la “transparencia” del espacio público y aseguren la viabilidad de diferentes proyecciones posibles a ser realizadas históricamente en el futuro.

La Postmodernidad recupera –utilizando un término moderno- el derecho de la alteridad. Pero necesita de la pretensión moderna de realización de aquello que considera “derecho de toda la Humanidad”: los sujetos (individuales o colectivos) que dan sentido a ese derecho.

Algunos autores como Pérez Lindo -siguiendo a Dussel-, sugieren abordar estas mismas problemáticas a través de autores “latinoamericanos”. Sin dejar de reconocer la tarea como una urgencia futura –aún por otras razones ajenas a esta investigación-, me permito no aceptar el hecho de que para comprender la realidad latinoamericana y aportar desde lo intelectual haya que “inventar” categorías de análisis o conclusiones explicativas que eludan autores y consideraciones teóricas de otra procedencia no latinoamericana, cuya consistencia y



suficiencia teórica las hace indispensables. El dialogo debe darse también en la perspectiva teórica y no solamente en las relaciones de la práctica.

El llamado de Habermas para completar el proyecto de la modernidad parece adecuarse muy bien con los discursos sociales, culturales y políticos que fundamentan las prácticas. El mismo sentido reúne a los críticos de quienes mencionan a lo postmoderno: no ven cómo puede hablarse de Postmodernidad si la Modernidad no se ha logrado en Latinoamérica. Pero es esta pretensión globalizadora y sincrónica la que ha perdido legitimidad.

Retomando los antecedentes literarios y artísticos en general, los rasgos postmodernos se corresponden con actitudes cuestionadoras de todas las formas de discursos dominantes del pasado y del presente. El término *dominante* no está marcando una posición ideológica, sino que alude a la prevalencia de direcciones interpretativas o de hecho que pueden comprobarse a través de sus realizaciones concretas.

Los *Estados postsociales* son los nuevos modelos de construcción político-civil a los que habrá que dotar de sentido, retomando por un lado, la inacabada cuestión de su identidad (colectiva y regionales) y por el otro, el perfil de la transformación necesaria. La mayor atención deberá ponerse en la construcción de procesos de integración, tanto en lo microsocio como en lo supranacional. La importancia de la reflexión filosófica la cual debe mostrar el horizonte en que se inscribirán las acciones socio-político-culturales, y hacer las críticas sobre las apreciaciones y diagnósticos de los “especialistas”, apuntando hacia el terreno de la responsabilidad privada y pública, para perfeccionar la democracia con nuevas formas de participación y control, de convivencia entre heterogeneidades culturales y el universalismo de los derechos irrenunciables propios de la dignidad humana.

La aceptación de la diversidad –no como tolerancia frente a lo diferente (lo cual en el fondo implicaría un relativismo que no exige abandono del etnocentrismo)- será la base condicional para la profundización procedimental de ampliación de la democracia en todas las formas de convivencia. Aceptar la diversidad es decidirse a convivir *con* la diferencia y *en* la diferencia. Incorporar a los proyectos de integración “entre lugares” para que lo diferente pueda tener acceso equitativo a la participación, para ser el inicio de la recuperación de la unidad identitaria de los orígenes. Sería deseable intentar recomponer redes que permitan la permanente constitución de la identidad, como una tarea que hay que hacer, y no como una exigencia de cumplimiento conforme a una “esencia” que se toma como ya dada.

El hecho de que en nuestra Región se critique las consecuencias de la Modernidad a partir de “la descripción desde la periferia”, constatan –quíerese o no- la presencia de lo postmoderno, en una simultaneidad de visión perspectiva (no dialéctica sino dialógica). No hay una realidad preexistente, sino una constatación de existencia de lo que se aspira a ser .

La profundización procedimental de la democracia en América Latina se encuentra hoy en la encrucijada de hacerse mediante la reestructuración de las prácticas socio-culturales y políticas, en tanto permitan integrar los regionalismos pero sin abandonar la pretensión de universalidad.



Ésto es, pensar América Latina *desde* América Latina, pero en una actitud proyectiva que no abandone todos los ideales de la Modernidad, sino que sea capaz de criticarlos so peso de las consecuencias prácticas de su observancia. La indiscutida aceptación de una *democracia pragmática* no puede hacer renunciar a pensar *otra* Latinoamérica posible.

Los procesos de integración regional son hasta ahora casi exclusivamente de naturaleza económica, que aunque necesaria, no puede dar respuestas suficientes a lo urgente, frente a la dispersión de los fragmentos del gran proyecto moderno, que se proponía poder conjugar universalmente la sincronía histórica y la heterogeneidad cultural.